

Lorenzo Meyer, *El Estado en busca del ciudadano. Un ensayo sobre el proceso político mexicano contemporáneo*, México, Océano, 2005, 199 pp.

En sus numerosos estudios sobre el sistema político mexicano, Lorenzo Meyer ha venido cultivando tanto la teoría política como la historia. Desde la perspectiva de la larga duración —esto es, remontándose hasta la Colonia— se ha esforzado por dilucidar la matriz histórica que ha nutrido nuestra vida política. De tal modo, este libro tiene por objeto principal elaborar un balance de las vicisitudes del orden democrático que los mexicanos hemos intentado construir desde hace más de tres décadas. Su tesis central es que las debilidades del mismo son mayores que sus fortalezas; además, nos faltan experiencias democráticas que apuntalen la actual semidemocracia que vivimos hoy y, sobre todo, líderes que estén a la altura de los desafíos. El reto: cómo mantener vivo el impulso transformador que se abrió entre 1988 y 2000. El libro pasa revista al papel de los partidos, la sociedad civil, la clase política y, en general, al entramado institucional con el que hoy contamos.

La obra consta de tres partes. La primera de ellas comienza con una breve y sencilla revisión de la filosofía y la teoría política que han marcado el pensamiento occidental desde el siglo XVIII: se trata sobre todo de una tradición liberal preocupada por crear un arreglo político donde el Estado mantenga límites claros y se asegure el espacio necesario para que florezcan la libertad y dignidad de los individuos, evitando la arbitrariedad del poder político. Empero, este pensamiento que estaba acorde con la existencia de estados europeos fuertes no encajó bien con la realidad mexicana sino hasta el último tercio del siglo XIX, cuando el porfiriato logró instaurar por primera vez en nuestra vida independiente un Estado fuerte, frente a un individuo débil: a partir de ese momento ningún hacendado o empresario extranjero pudo confrontar ya, como persona privada, al Estado. Con la Revolución de 1910 resurgió el problema del individuo fuerte y el Estado débil; por ejemplo, Plutarco Elías Calles, desde la posición de “simple ciudadano”, se constituyó como el Jefe Máximo de la Revolución entre 1928 y 1935. A partir de la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940) el sistema político mexicano fue cristalizando en una versión autoritaria que se plasmó en la consolidación de un Estado fuerte y un individuo débil. De ahí la pertinencia del título del libro: el proceso político contemporáneo —esto es desde 1968— ha sido marcado por un Estado en busca del ciudadano, pues sólo así se podría entrar en la modernidad política a la que se deslizaba la sociedad mexicana desde el último tercio del siglo XX.

Tras analizar las ideas de los teóricos de las transiciones de la tercera ola democrática, Meyer considera que la transición mexicana entró en una semidemocracia desde 1996 [por una errata se dice que desde 1916,

p. 34], año en que se pusieron los cimientos para un nuevo orden (esto es la ciudadanización del Instituto Federal Electoral, IFE, y la creación del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, TEPJF), mientras que con las elecciones del 2 de julio de 2000 entramos en una fase de “consolidación democrática”. En la primera de ellas lo central es el papel de los líderes y los grupos, mientras que en la segunda lo son los procesos institucionales, pues conforme “avanza el proceso también aumenta la predictibilidad y la estabilidad de la vida política”.

Con estas ideas en mente, Meyer repasa los peligros que aún enfrenta nuestra incipiente democracia. Todos los actores aceptan la democracia en sus discursos, pero en los hechos no siempre es así. Los partidos son piezas insustituibles de una democracia, pero hasta ahora no han mostrado disposición para estar a la altura de las circunstancias y ser eficaces procesadores de las demandas que la sociedad hace al Estado. Las pugnas entre ellos han sido mayores que su capacidad para llegar a acuerdos que eviten el desgaste de nuestra ya larga transición y ayuden en la consolidación. Además, viejos actores, como el PRI, se han esforzado por “hacer de la transición mexicana una no transición”, de ahí su apuesta por desprestigiar a la oposición hoy en el poder: convencer al electorado y a la opinión pública internacional de que el cambio no ha valido la pena, provocar la fatiga de la sociedad y crear una desilusión generalizada con la democracia antes de que ésta logre afirmarse.

Por ello, algo esencial que no se pierde de vista en esta obra es la imperiosa necesidad de reactivar la autoestima colectiva e individual para consolidar la democracia: fue el voto útil de la sociedad civil y no los acuerdos entre partidos lo que decidió la alternancia en el poder en el 2000. Ante un escenario marcado por las pugnas de la clase política, será de la sociedad civil de donde vengan o se frenen los impulsos por seguir avanzando. Ésta no es una preocupación gratuita de Meyer, pues al pasar revista a nuestra historia observa que ha sido la falta de confianza en personas y procesos políticos lo que la ha marcado: “la modernidad republicana y liberal de la Reforma terminó en la dictadura de Porfirio Díaz, y la Revolución iniciada en 1910 bajo el lema de ‘sufragio efectivo’ desembocó en la construcción de un partido de Estado y en 71 años de control ininterrumpido de la vida pública mexicana por ese partido” (p. 49).

En la segunda parte, el libro explora nuestra penosa experiencia en materia electoral: sólo hasta 1874 los mexicanos pudieron votar de manera directa para elegir diputados, pero para senadores y presidente ello sólo fue posible hasta abril de 1912. Si bien a partir de 1996 se pudo arrancar al gobierno el control de las elecciones, Meyer considera que hacen falta mayores reformas para afianzar la vida democrática: permitir la reelección de

diputados (lo que evitaría el control de los partidos y una mayor cercanía con el pueblo) y del ejecutivo, pero reducir los periodos presidenciales. Una de las grandes trabas al fortalecimiento de una cultura cívica moderna es el clientelismo, que nutrió al viejo régimen autoritario y aún tiene profundas raíces en la sociedad, de tal suerte que ha hecho lento el ritmo de nuestra transición. No es con *spots* televisivos como se vencerá al clientelismo, sino yendo casa por casa para que el mexicano salga a votar. Ése es un papel que debe asumir la clase política, lo cual lo obliga a romper con sus añejas prácticas de operar a espaldas de la sociedad.

Meyer no se olvida del análisis del gobierno de Vicente Fox. Considera que es cierto que ha enfrentado obstáculos, entre los más importantes están el estancamiento económico que ha vivido el país y la composición del Congreso que ha bloqueado sus iniciativas y le ha hecho incumplir sus promesas electorales. Empero, el foxismo incurrió en errores garrafales: incapacidad para pactar y llegar a acuerdos, peligrosas alianzas con el Partido Revolucionario Institucional, mientras que su partido, el Partido Acción Nacional, nunca supo hacerse de una base popular más amplia. Estos hechos han frenado el proyecto de Vicente Fox y su sexenio aparece marcado por una carencia de voluntad para acabar con lo quedaba del antiguo régimen, una falta de rumbo y de capacidad para gobernar: la mediocridad es su impronta más evidente.

Tampoco la izquierda escapa a la crítica del autor. Si bien tuvo un destacado papel en la aceleración de la transición y en la apertura del espacio por el que el PAN arribó al poder, la izquierda parece perder el rumbo en cuanto a ideas políticas. La única manera en que puede encontrar de nuevo la iniciativa es actualizando una de sus viejas metas: la igualdad. Es imperativo enfatizar el combate a la desigualdad social en un entorno marcado por ideologías que apuestan al mercado como el mecanismo más eficiente para la asignación de bienes y servicios. El foxismo, en ese sentido, no cambió el camino que el viejo régimen, en su versión salinista, le heredó. La izquierda debe hallar fórmulas que combinen economías abiertas con justicia social.

La última parte del libro cierra con dos problemas: los estilos de gobernar que han marcado a los últimos cinco sexenios presidenciales y los escenarios que hoy enfrentamos en un mundo posmoderno. Considera que nuestra actual democracia política aún tiene severas fallas: partidos incapaces de ser mediadores reales entre sociedad y Estado, débil representación de las minorías y falta de aplicación de la ley con un sentido de igualdad para todos. Mientras no se corrija esto, nuestro actual sistema político debe ser calificado como una pseudodemocracia.

Finalmente, Meyer se pregunta a dónde nos lleva la posmodernidad. Considera que, a diferencia del pasado (siglo XIX, Revolución de 1910),

hoy no encontramos grandes proyectos, ni optimismo. No hay ningún gran experimento de cambio social positivo basado en la confianza en nuestro progreso, como parte de la gran evolución de la humanidad hacia un estado superior en lo material y en lo moral. En su lugar, existe algo más “sencillo, y sin ninguna seguridad en lo correcto de su diseño”: Tratado de Libre Comercio de América del Norte, capitalismo global, privatización, mejoramiento del sistema de justicia, y “Estados Unidos dictando casi todo y que casi no escucha nada”. El gran elemento utópico, que estuvo presente en las generaciones de la Reforma y la Revolución, hoy está ausente. Ése es el signo más evidente de nuestra actual modernidad.

No obstante, si bien el análisis objetivo del curso de nuestra historia hace desembocar en estas frías conclusiones, la apuesta moral de Meyer es optimista. No pierde las esperanzas de que por fin, libres de las ideologías que nos cegaban en el pasado y nos impedían utilizar la crítica y decidir con responsabilidad la dirección del cambio social, hoy podamos establecer los pilares de una democracia robusta con mayor igualdad social. Para ello es fundamental el establecimiento de pactos entre la clase política y, sobre todo, recuperar la autoestima colectiva y personal. Ello permitirá que se siga impulsando la marcha democrática del país. Sin embargo, para esa tarea también es necesario mirar con claridad la realidad, una empresa nada fácil, a la que este libro contribuye sobremanera con un lenguaje accesible y ameno. Emile Durkheim afirma que las épocas de intenso desorden social suelen ir aparejadas de desórdenes mentales y enormes confusiones en el terreno de las ideas. Una forma de impulsar el cambio es con libros como éste, en el cual se repara con perspicacia en el modo en que la política puede y debe constituirse en una palanca central del cambio social en la búsqueda de mejores oportunidades de vida para los mexicanos: el afianzamiento de la democracia es ese camino, y Meyer lo ha visto con agudeza.

ENRIQUE GUERRA MANZO<sup>1</sup>

Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar Elena e Ilya Adler, *Simbolismo y ritual en la política mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 2004, 311 pp.

Una de las piezas centrales de la estabilidad y legitimidad del régimen autoritario de partido hegemónico que gobernó a México por décadas fue la

<sup>1</sup> El más reciente trabajo del autor de esta reseña es “Los pueblos indígenas en el último tramo del siglo XX: entre la comunidad corporativa y el pluralismo”, en Lorenzo Meyer e Ilán Bizberg (eds.), *Una historia contemporánea de México, 1968-2000*, vol. 2, México, Océano, 2005.